

SINDROME DEL DESOCUPADO: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA PRACTICA

CAROLINA MOLL CERIZOLA¹
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL URUGUAY

Resumen

Los cambios que se han ido generando en el mundo del trabajo han sido de importancia en lo que se refiere a las consecuencias generadas en la subjetividad del trabajador, así como en aquellos profesionales que nos desempeñamos en el ámbito de la psicología del trabajo y organizacional.

Esta nueva realidad del mundo laboral nos enfrenta a un fenómeno que nos es imposible negar: cada vez es mayor la oferta de mano de obra y menos la demanda de la misma, aumentando por ende los porcentajes de desocupación en todos los países; y digo todos pues no sólo estoy refiriéndome a los subdesarrollados, sino que también en el primer mundo el porcentaje ha aumentado, llegándose a hablar de la «brasilerización del trabajo».

En aquellos trabajadores sin trabajo, apreciamos ciertos síntomas, ciertas características - que se mantienen en los diferentes grupos etarios y ocupacionales - que nos llevan a plantear el « síndrome del desocupado»; preguntándonos si constituye una nueva patología relacionada al trabajo, en este caso al desempleo.

Esta comunicación intenta generar un intercambio de opiniones y puntos de vista sobre esta realidad de nuestro tiempo.

Palabras clave: Desocupación, trabajo, síndrome, psicopatología, aportes, psicología del trabajo.

Abstract

The changes that have been generated in the world of the work have been of importance in which it talks about the consequences generated in the subjectivity of the worker, as well as in professional that we act in the environment of the psychology of the work and organizational.

This new reality of the labor world faces us to a phenomenon that is we impossible deny: every time is bigger the manpower offer and less the demand of the same one, increasing the unemployment percentages in all the countries; and I not say all since one alone I am referring to the underdeveloped ones, but rather also in the first world the percentage has increased, being ended up speaking of the "brasilerización of the work". In those workers

¹ Licenciada en Psicología, Postgrado en Gestión de Recursos Humanos, especialista en el área de Psicología del Trabajo y Organizacional, Docente de la Universidad Católica del Uruguay, Miembro de la Comisión Directiva de la Asociación de Psicología del Trabajo del Uruguay.

without work, we appreciate certain symptoms, certain characteristics - that stay in the different groups etarios and occupational - that take us to outline the syndrome of the unoccupied one"; wondering if it constitutes a new pathology related to the work, in this to the unemployment.

This communication tries to generate an exchange of opinions and points of view about this reality of our time.

Key Words: *Unemployment, work, syndrome, psychopathologic, contributions, psychology of the work.*

INTRODUCCIÓN:

En el camino recorrido en estos años de desempeño en el campo de la psicología del trabajo y organizacional he ido apreciando ciertos cambios; los mismos se han dado en el contexto económico-social, en los enfoques y herramientas que he venido utilizando, en los perfiles que solicitan las empresas clientes en selección de personal, en una mayor inserción del profesional psicólogo en esta área, en avances tecnológicos de gran magnitud, en mayor cantidad de técnicas para utilizar diariamente en mi trabajo; en fin muchos cambios que podría decir algunos son causa y otros consecuencia de las transformaciones en el mundo del trabajo.

Un mundo del trabajo que tomado como objeto de estudio por diferentes disciplinas, todas seguramente pueden marcar cambios, transformaciones, variaciones, giros a veces muy radicales. Desde la psicología del trabajo los cambios observados no han sido pocos y están muy relacionados probablemente con los observados desde estas otras disciplinas. En un intento de resumir traemos algunos renglones de un trabajo presentado en el XV Encuentro Nacional de Psicólogos de Uruguay de Julio de 2001 en el cual decíamos: «...»el mundo del trabajo hoy presenta características muy diferentes al mundo del trabajo de hace algunas décadas. Porque el fenómeno del trabajo se enmarca en una sociedad distinta, centrada en otras preocupaciones, en otros valores, en otras necesidades, en otras certezas. Si bien se han generado cambios específicos con relación al trabajo - ya no es un bien para toda la vida, «se promueve la idea de que es un bien que

puede perderse en cualquier momento, pasando a ser un bien escaso» (Carbajal, Miguel) - también han ocurrido los propios con las condiciones tecnológicas, políticas, económicas, sociales, educativas y hasta las sindicales. Las políticas neoliberales llevadas adelante por nuestros sucesivos gobiernos (enmarcadas en políticas más globales por supuesto, que superan nuestra frontera) han ido generando cambios profundos en él; nuevos conceptos han ido apareciendo y aplicándose, como la globalización, la reestructuración económica con las reformas del Estado, las privatizaciones, la flexibilidad laboral, la empleabilidad, la reconversión, la excelencia y eficiencia laboral, entre otros; términos todos importantes para las tan mentadas nuevas relaciones laborales. Enrique del Percio marca e interrelaciona con mucha certeza estos cambios; este autor sostiene que « el paso de un capitalismo de acumulación a uno de consumo marca también el paso de una estratificación social basado en el capital acumulado a otro en que lo determinante consiste en la capacidad de consumo, donde lo definitorio para demarcar la pertenencia a uno u otro estrato es el nivel de gastos (no de ahorros) y la ocupación desempeñada. Quedaría claro que la ubicación social dependería de la ocupación desempeñada por el individuo inmerso en la sociedad de la postmodernidad. Pero asistimos también a otros fenómenos no menos importantes como son la fragmentación del mundo del trabajo, la precariedad del trabajo, la vulnerabilidad, la inseguridad, la pobreza estructural, las distorsiones ocupacionales, bajos salarios, el seguro de paro, el desempleo...»

Si tomamos en cuenta estos dos últimos conceptos que manejábamos en ese trabajo: la precariedad,

inseguridad, fragmentación, vulnerabilidad y el desempleo por un lado y la ocupación desempeñada para llegar a pertenecer a un nivel u otro del estrato social, podemos comenzar a delinear que sucede a lo interno del desocupado, en su subjetividad, y de qué forma lo expresa en sus diferentes niveles de relación, afectividad, sociabilidad y porque no conflictos.

Transformaciones desde la práctica:

Además de los cambios antes mencionados, hemos ido apreciando los cambios en las mujeres y hombres que están buscando un empleo; nuestra práctica no sólo la hemos desarrollado en la etapa de selección de personal, también participamos de dos instancias diferentes a la anterior: una de ellas es el trabajo con grupos de jóvenes desertores del sistema educativo formal en procesos de capacitación para una futura inserción laboral (cuyas edades oscilan entre los 17 y los 24 años), la otra con grupos de desocupados «mayores» (con edades entre los 40 y los 60 años). Cada una de estas intervenciones nos ha posibilitado el ponernos en contacto con personas de diferentes edades, sexo, nivel cultural, experiencia laboral, capacitación laboral, nivel social. Hemos encontrado diversidad, pero también hemos encontrado factores, sentimientos, vivencias, frustraciones, sufrimientos que se repiten. Es a partir de estas experiencias que comencé a preguntarme ¿qué es lo que está cambiando?; ¿Cuál es el o los denominadores comunes?; ¿Dónde estamos llegando con esta situación planteada a nivel del mundo del trabajo?; ¿Qué está sucediendo con este uruguayo, esta uruguaya que se encuentra hoy sin empleo?. Algo nos queda claro: el desocupado es un marginado, el proceso de exclusión le ha llegado; pero no sólo del mundo del trabajo, ha pasado también a serlo de la sociedad en general; y esto lo unimos a los planteos de Del Percio, es un excluido pues no puede acceder a un nivel de consumo que lo ubique en uno u otro nivel social. El único lugar donde se lo ubica y él mismo se ubica es en el no ser, en el no existir, en el no pertenecer.

Hoy las fuentes oficiales dicen que el porcentaje de desocupados del país es del 15,6% de la pobla-

ción económicamente activa; todos los aquí presentes sabemos que es mayor que ese número; si sumamos los uruguayos desocupados, subocupados o con una ocupación informal, ese guarismo rondaría sino supera el 40%; los postulantes se presentan espontáneamente en las consultoras, en las empresas a dejar su curriculum o a llenar una ficha de solicitud de empleo, ¿Para qué cargo o para desempeñar qué tareas? La respuesta es siempre la misma: para cualquiera. No hay discriminación por preparación curricular o por experiencia laboral anterior; « todo viene bien, cualquier cosa me sirve.....no aguanto más el estar sin hacer nada...» nos decía hace poco un postulante. Frases como estas se las escuchamos hoy a profesionales, obreros, técnicos, administrativos, gerentes, etc.. No importa el rol ocupacional, la cosa es estar en actividad, hacer algo.

Intentando buscar alguna respuesta a estas interrogantes es que comencé a observar en las entrevistas, en el trabajo con grupos de jóvenes y desocupados mayores algunas circunstancias, sentimientos, vivencias como antes decía que llevaron a plantearme: ¿será que estamos arribando a un nuevo síndrome, en este caso el del desocupado?. Al mismo tiempo me pregunté a partir de que elementos puedo comenzar a llamarlo síndrome. Al consultar el Diccionario de la Real Academia Española, encontré dos acepciones para el término: « Síndrome - del griego; conjunto de síntomas característicos de una enfermedad. Conjunto de fenómenos que caracterizan una situación determinada». Y remitiéndome a la misma fuente, en cuanto a Síntoma dice « (Del latín *sinuptoma* y este de griego) Fenómeno revelador de una enfermedad. Señal, indicio de una cosa que está sucediendo o va a suceder».

En este sentido es que entiendo importante el marcar la doble lectura posible a realizar; el tomar este síndrome como una enfermedad o el entenderlo como un conjunto de fenómenos que caracterizan una determinada situación sin llegar a considerarlo una enfermedad; menudo dilema para presentar y dilucidar.

Al hablar de trabajo están presentes e íntimamente relacionados a él la salud y la enfermedad; autores como Marx, Freud, Anna Crsitina Laurell, Christophe Dejourns (hoy a la mañana la colega Claudia Peña se ha referido a su producción) entre otros, plantean el trabajo como asociado al placer, realización personal, energía, así como también posible generador de alienación, de displacer, de sufrimiento psíquico. Entonces ¿será posible hablar de una psicopatología del desempleo, así como hablamos de una psicopatología del trabajo? .O solamente debemos entenderlo como ese conjunto de fenómenos que caracterizan una determinada situación, en este caso el estar desocupado.

Me gustaría mencionar aquí que ya en el año 1986 la Organización Mundial de la Salud señalaba que el desempleo, la desocupación constituía una de las principales catástrofes epidemiológicas de la sociedad contemporánea. Autores más cercanos a nuestros días como Viviane Forrester y Jeremy Rifkin coinciden en la visión del desempleo como catástrofe; en esta línea también André Gorz plantea «...hoy existe un nuevo sistema que elimina masivamente el trabajo, restaurando las peores formas de dominación, de esclavitud y de explotación al obligar a todos a luchar contra todos para obtener ese trabajo que el mismo sistema ha eliminado...»; dura paradoja, verdad?. Pero también sucede que muchas veces no todos luchan por obtener ese trabajo; no luchan porque ya no tienen fuerzas, porque están sin esperanzas, porque la energía interna ya no le da, porque la brónca, la agresividad, la inseguridad, la vulnerabilidad los ha paralizado.

Pero ¿cuáles son entonces estos síntomas que aparecen en los desocupados que me han llevado a plantear esta cuestión?. Importa resaltar que he tomado en cuenta para esta ponencia - porque entiendo que no deben ser dejados de lado - los síntomas que también aparecen ante la amenaza de quedar sin empleo, los cuales son significativos y podría decir comienzan a generar campo fértil para la aparición posterior de los propios de la situación de desempleo.

La amenaza de la pérdida del empleo implica una etapa de difícil manejo para quien la padece; se observa la aparición del pensamiento mágico « a mi no me va a pasar esto», «...hace años que trabajo acá, si recortan será por otro lado..», «...con mi preparación, no me pueden despedir, quien va a realizar mi trabajo..»; estos comentarios de algunos desocupados que nos narran como se sintieron, vivieron toda la fase previa a su despido, nos muestra como las defensas, en este caso la negación y la racionalización operan en el trabajador; pero las mismas van disminuyendo y prontamente aparece un proceso más depresivo, con un aumento significativo de la ansiedad y de la angustia, con el concomitante estrés generado, que muchas veces lleva a la adicción al trabajo y a la sobreexigencia laboral como medio compensatorio o como ilusión de salvar su empleo.

Se ven repercusiones a nivel familiar, social, de pareja. Aumenta la tensión, la impaciencia, los trastornos del humor « me enojaba por nada, estaba bien y en segundos cambiaba mi humor, me ponía insupportable», como también el padecimiento de manifestaciones psicósomáticas y la toma de medicación, sobre todo psicofármacos. La inestabilidad, la inseguridad, un estado permanente de espera de lo peor (fantasías catastróficas) ejerce una fuerte presión que genera una « agonía que nunca parece acabar» como decía una desocupada que había trabajado 16 años en una mutualista de Montevideo.

Cuando finalmente llega el despido se lo toma como el fin de la larga agonía a la que hacía referencia antes y es el sentimiento de alivio el que aparece; en algunos casos la euforia como defensa puede manejarse: « voy a encontrar un empleo mejor»; hoy la realidad es tan cruel en este sentido que ni siquiera esta expresión de deseo se verbaliza. Se instalan las críticas y las autocríticas, con lo cual el sentimiento de alivio inicial disminuye y aquí se produce una baja importante en términos de energía interna; nos decía un desocupado « todo parecía que se había esfumado; no lograba concentrarme, nada me hacía mover, todo me daba igual». Asistimos entonces al inicio de un proceso que impacta con mayor intensidad en la subjetividad del individuo.

Y es en este momento en el cual apreciamos una serie de síntomas que nos llevaron a plantear el síndrome del desocupado. El sentimiento de impotencia domina el accionar, el no poder avanzar, el retroceder; conjuntamente la desvalorización propia, la frustración, el desasosiego generalizado domina a quien transita esta situación. Podemos decir que se da una retroalimentación: no tengo trabajo, he perdido mi ubicación laboral, voy perdiendo la esperanza de rápidamente encontrar una nueva posición laboral, no estoy en el ambiente, no tengo los suficientes recursos para ubicarme nuevamente, es mi culpa, no me preparé lo suficiente, no valgo nada, no sirvo. « Una persona desocupada es una persona desalojada, una persona que ha perdido un lugar donde «habitar», un lugar de pertenencia; esto produce también un sentimiento de desamparo, un incremento de la vulnerabilidad», lo que conlleva una disminución de lo que podemos llamar « reservas subjetivas». A este progresivo sentir se suma entonces la culpa, por mi culpa la familia se encuentra así, y aquí observamos como se inicia un intercambio de reproches y de autoreproches, de resentimientos propios y familiares. Nueva área de la vida que se ve colapsada por la desocupación, la familiar. El desocupado « siente que se ha fallado a sí mismo y a su familia», «no puedo parar más la olla», « no puedo ayudar en mi familia, parezco una carga». Pueden darse instancias de agresión verbal y física; la irritabilidad es grande, la bronca también, la desesperación de no encontrar soluciones produce un estado de irritabilidad generalizada, en el cual el menor incidente puede generar reacciones cuya magnitud no tiene relación al mismo. Esto mismo lleva a la propia familia a llevar adelante actitudes - como defensa, como forma de conservar la propia salud mental del resto del núcleo- de marginación del desocupado. Hemos escuchado comentarios como « está como loco, trato de no hablarle ni seguirlo en las discusiones pues sino es peor», « la veo sentada horas pero no me acerco, está muy enojada con el mundo». Y la marginación no se separa de la automarginación que se produce tanto a nivel familiar como de los grupos de amigos, vecinos, afectando entonces también el nivel social. Recuerdo un desocupado de unos 55 años de buena posición económica que dejó de reunirse con sus amigos por vergüenza; dejó de practicar su deporte favo-

rito pues « que van a decir...sin trabajo y practicando el golf..»

La culpa lleva también al autocastigo, sino tengo empleo, no puedo disfrutar de estos otros elementos que me producen placer. Observamos que « la sensación de aislamiento es cada vez mayor y al empobrecimiento económico se suma el empobrecimiento de la propia identidad», viéndose agitada por una verdadera crisis existencial, no tengo trabajo, no existo o dejé de existir. Se acrecienta la sensación de pérdidas continuas, de temor, de no tener sostén; ni sostén familiar, ni social ni el propio. Siguiendo a Castel vemos la irrupción del sentimiento de desafiliación social, con la ausencia de participación en actividades de producción y el aislamiento relacional.

El pesimismo, la cronificación del deterioro y del desajuste en lo personal, familiar y social es el siguiente paso. La idea de fatalismo, de desesperanza, de desesperación invade al desocupado. La indefensión aparece, no puede desarrollar otras estrategias, no puede generar cambios.

Interesa tomar en cuenta los aportes de Max -Neff cuando dice que un individuo bajo una situación de prolongado desempleo cae en una especie de « montaña rusa emocional», la cual comprende por lo menos 4 fases: a) shock, b) optimismo, c) pesimismo y d) fatalismo; alcanzando la persona en esta última un estado de apatía, con su más bajo nivel de autoestima. Mucho de lo que hemos transmitido puede verse reflejado en estas cuatro etapas que con tanta claridad este autor nos marca.

Ahora bien, luego de esta larga descripción de síntomas, podemos plantearnos que el desempleo no nos lleva a una patología? El sufrimiento psíquico está presente; lo apreciamos a través de la angustia, de la culpa, de ciertos «autocastigos» que el desempleado se impone, por supuesto en la mayor de las veces a nivel inconsciente. Personalmente creo que así como podemos hablar de una psicopatología del trabajo, existe una psicopatología del desocupado. La cual deja secuelas aún en los casos en los cuales se accede a una posición laboral. Y siguiendo a

Cecilia Moise concordamos que el desempleo prolongado produce patologías .

De nada valdría todas estas palabras sino las acompañáramos de posibles intentos de estrategias de intervención; estrategias de intervención en las cuales hemos incursionado, lo cual nos ha brindado la experiencia y posibilidad de compartir con Uds. estas reflexiones y además el sentirnos útil trabajando (y cuando digo trabajando digo sosteniendo, continentando, ayudando reconocer en cada uno de los desocupados otras fortalezas, otras habilidades, otras actitudes). Si bien he trabajado a nivel individual en este sentido, entiendo que el trabajo grupal es fundamental; el comprender que no se está solo en esta situación, que existen otros que sufren, padecen, sienten y vivencian de forma similar, ayuda a salir del aislamiento, del sentimiento de soledad, a manejar la culpa y el por qué a mi; no quiero con esto caer en el viejo refrán de mal de muchos, consuelo de tontos. La actividad participativa en un grupo favorece entre otras cosas ubicar los recursos con los que se cuenta, el poder renunciar a ciertos ideales que demandan el deber ser por otros que más integrativos, menos individualistas, muchas veces cambiar el yo no puedo por juntos nosotros podemos. Posibilita el comenzar a elaborar entre todos un duelo por la pérdida que solo cuesta más; es acá cuando se ven claramente las diferencias en cuanto a recursos individuales y como cada persona los pone en juego en estas circunstancias.

El grupo se convierte en un referente para cada participante; en un referente que propicia y genera un ambiente en el cual poder expresar lo que muchas veces solo no se puede decir. En este sentido recuerdo un grupo, en el cual uno de sus integrantes muy resistente en un inicio, muy pegado a sus excompañeros de trabajo (había tres personas que habían trabajado juntos durante muchos años), quien había manifestado en un principio que no esperaba nada nuevo, que no tenía ganas de luchar, reconoció con el tiempo que su historia con el trabajo tenía un componente emocional muy importante pues lo unía mucho a su padre, quien había desarrollado

también funciones en la misma empresa. Sólo cuando logró verbalizar esto y se logró ubicar hasta físicamente en el salón lejos de estos compañeros, pudo comenzar a trabajar en un proyecto cooperativo de microempresa con otros integrantes del grupo. Rápidamente se pudo apreciar el cambio en su dinamismo, empuje, deseo de llevar adelante nuevos emprendimientos y no quedar atascado en el pasado.

Creemos que este camino es doloroso; implica cambios, adaptaciones, sufrimiento, pero que de no transitarlo lo patológico puede quedar instalado con mucha mayor incidencia y puede resultar más lejano el camino de regreso a la salud.

Concluyendo:

El mundo del trabajo ha cambiado; ha sufrido y está sufriendo transformaciones que afectan a los trabajadores. El trabajo para el hombre tiene una gran significación como estructurador, integrador, elemento socializador. La desocupación desorganiza, aísla, genera inseguridad.

Directa o indirectamente nos afecta a todos; y no sólo cuando ya pasamos a ser desocupados o desempleados, ya que su sombra o la posibilidad de que ocurra, desencadena inseguridad, temores, miedos, cambios de visión y por consiguiente sufrimiento en el trabajador.

La situación de desocupación puede llegar a ser una fuente de alienación, puede llevarnos a la patología; puede generar sufrimiento psíquico. Nos atrevemos a decir que el síndrome del desocupado se ha instalado. Lo esperanzador está colocado en los recursos internos de cada uno, en las diferentes capacidades de respuesta - individuales y colectivas - a estas situaciones angustiantes y de crisis y también en la apoyatura y continentación que cada uno de nosotros, como personas y como profesionales de la salud mental, estemos dispuestos a aportar desde nuestros diferentes ámbitos de inserción, especialidades y roles ocupacionales.

REFERENCIAS

- Aguiar, E. (1997). La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales. *Revista Psicología y Psicoterapia de Grupo*, T. XX, N° 1, Buenos Aires.
- Berisso, L. (2000). Neoliberalismo, trabajo y exclusión social en el libro *Psicología y Organización del Trabajo*. Montevideo: Multiplicidades.
- Carbajal, A. (2001). La problemática del empleo en los adultos de mediana edad. *Revista de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay- Montevideo Junio*, N° 125
- De Boar, M. (1996). La desocupación: algunas de sus consecuencias. Trabajo presentado en las Segundas Jornadas Atlánticas de Psiquiatría.
- Dorzán, M. (2000). La fragmentación del mundo del trabajo y sus implicancias política. *Kairos*, Año 4 N° 6. 2do. Semestre. San Luis - Argentina
- Forrester, V. (1996). *El horror económico*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Galli, V & Malfé, R. (1996). Desocupación, identidad y salud en el libro *Sin Trabajo*, UNICEF, Buenos Aires: Losada.
- González, R. Apuntes para el derecho laboral del siglo 2001. *Psiconet*.
- Moll, C. et al. (1998). *El Psicodiagnóstico en sus diferentes ámbitos*. Montevideo: Psicolibros
- Moll, C. (2000). El desempleo: desencadenante de aspectos patológicos en el hombre de este fin de milenio. *Revista de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay - Montevideo*, Abril N° 113.
- Neffa, J. C. (1999). Actividad, trabajo y empleo. Algunas reflexiones sobre un tema en debate, en *Orientación y Sociedad. Revista Internacional e Interdisciplinaria de Orientación Vocacional Ocupacional*. N°1, La Plata.
- Ramsay, L. (1988). El costo psicológico del desempleo» en *Revista de Psicología de El Salvador*. Vol. VII N° 29.
- Revista Fundaih*. (1995). N° 7 Buenos Aires.
- Sawaia, B. et al. (1999). *As artimañas da exclusao*. Rio de Janeiro: Vozes.
- Rifkin, J. (1998). *El Fin del Trabajo*. Buenos Aires: Paidós.
- Gorz, A. (2000). *Un nuevo Mundo Feliz*. Buenos Aires: Paidós.